
B. J. SUSSMAN Y J. P. MANCHETTE

DE BALAS Y BOLAS



E T I Q U E T A



N E G R A

La última novela de Manchette que permanecía inédita en castellano, por fin llega a nuestras manos.

* * *

«Manchette revolucionó la literatura policiaca al incorporar la cultura de los 60 al género». *Ernest Mandel*.

* * *

Los parias, los asesinos peligrosos que arrastran una bola metálica roja en una penitenciaría aislada del mundo, comienzan a ser organizados; un vaquero anarquista es el personaje central de esta extraña experiencia...

NOTA

Publicada en el mismo año que su obra mayor, Nada, De balas y bolas es la última novela de J. P. Manchette que permanecía inédita en nuestro idioma.

Manchette, nacido en 1942, es en cierta manera el precursor y figura clave del lanzamiento de la nueva novela policiaca que hoy acosa desde la periferia (Francia, España, América Latina, Alemania) el centro norteamericano del género. Con libros como Nada (EN 94), Volver al redil (EN 43), El Caso N'Gustro y Cuerpo a tierra introdujo la violencia estatal como esencia del fenómeno criminal de nuestro tiempo.

De balas y bolas es una experiencia fronteriza entre el género policiaco y el western, pero plenamente incrustada en la literatura negra.

PACO IGNACIO TAIBO II

PRIMERA PARTE

1

En ese mismo instante, los habitantes de Versalles toman por fin la iglesia de Saint-Christophe, en La Villette, y caminan entre los cadáveres, pero Pruitt no sabe nada, nunca sabrá nada, el tema carece de interés para él. Porque Pruitt está sentado en el umbral de una gran barraca destartada, de madera, más o menos en medio del estado de Texas, y está limpiando su arma, un Remington de un solo tiempo, cuya culata de nogal está rayada y descolorida por los golpes, el sudor, la arena. Pruitt es un hombre fornido y robusto, de mandíbula sólida pero de ojos rasgados y con una sonrisa un poco viciosa. Desempeñando este papel en el mundo, limpia con cuidado su revólver.

El ligero viento hace crepitar un poco de polvo contra la dura tela de los pantalones de Pruitt. El viento no atenúa, de ninguna manera, el calor. Viene de lejos, pero muy despacio, se detiene aquí y allá en la llanura de polvo y levanta pequeños remolinos rojizos, y es muy seco.

Delante de la cabaña de madera están amontonados los carros, las mulas, los hombres. Las mulas mueven las orejas de vez en cuando. Los hombres dormitan en el suelo, se arrasan, mascullan chistes viejos. Sus rostros mortecinos están vencidos, barnizados de mugre y de sudor seco.

A cierta distancia de la cabaña está Potts arrodillado, examina la tierra, la manosea. No mira a Harvey Huddles-

ton, el cual, sin embargo, le habla con desprecio sentado en el coche.

—Me importa un huevo —está diciendo Huddleston—. Te lo he dicho y te lo repito. ¡No hay crédito!

El silencio de Potts le irrita. Es un imbécil, que llega arruinado de su Georgia natal, compra un trozo de tierra que ni un negro querría y cree que va a poder cultivar algodón. Huddleston no es un imbécil. Es proveedor de imbéciles. Les vende herramientas para hacer agujeros en el polvo, semillas para meter en los agujeros, víveres para esperar que algo se decida a salir de la tierra, pero no sale nada y los imbéciles se van, más delgados que al llegar, y a veces tosen, y acaban siempre por morir en algún lugar del norte, sea porque sus pulmones les abandonan, sea porque un vaquero decide hacer diana en esos imbéciles, esos pobres imbéciles, esos granjeros de mierda. No es asunto de Huddleston. Se conforma con suministrar y cobrar.

—Sabes, Harvey, no eres el único proveedor de la zona...

Huddleston mira a Potts que se ha incorporado. Es un hombre alto, de unos sesenta años, pero duro, seco.

—Sí, ¿eh? —salta Huddleston con un tono insultante.

Potts se balancea sobre los talones. Tiene la jeta surcada de arrugas pero la piel tensa. Cuando tenga cien años, parecerá que todavía tiene sesenta. No tiene pinta de morir tísico. Hince un puro negro entre sus dientes amarillos. Contempla el paisaje. Huddleston lo mira ofendido. De mala gana Potts le ofrece un puro.

—Voy a ganar mucha pasta, muy pronto —anuncia el granjero.

—Sí, ¿eh? —repite Huddleston—. Sí, ¡si el viento no te arrastra hasta el Golfo!

El vendedor sacude la cabeza.

—O me pagas al contado —concreta—, o me llevo lo que te he vendido.

Potts bosteza y se arrodilla otra vez para manosear la tierra.

—En metálico, no tengo absolutamente nada.

Huddleston tira el puro. Potts pone mala cara, recoge el puro y lo guarda cuidadosamente en el bolsillo.

—Las condiciones normales —dice secamente el vendedor—, el sesenta por ciento de los beneficios para mí, una vez que haya recuperado lo que he puesto en el negocio.

Eso parece divertir a Potts.

—Estoy sin blanca, de acuerdo, pero no soy tan necio.

—De acuerdo —dice Huddleston—. Entonces a medias. Es mi última palabra.

Potts, con seriedad, mira al vendedor.

—Harvey —dice— nunca he tenido socios. Pongamos que te pago lo que te debo después de cosechar.

Huddleston abre la boca para burlarse, pero la cierra rápidamente ya que Potts se ha incorporado, está de pie, muy cerca del vendedor; con la mirada tranquila y una voz serena dice:

—A menos que quieras intentar recuperar tu solo tus mercancías... Huddleston duda, después se hunde en el asiento. Está furioso. Vuelve la cabeza, coge las riendas y las chasquea imperceptiblemente en el lomo de las mulas. Los ejes del coche chirrían cuando los animales empiezan a tirar. Huddleston lanza otra mirada a Potts, como si quisiera añadir algo más, pero no dice nada y el carro se pone en movimiento, llevándole despacio, las mulas pisotean la tierra roja, y Potts se inclina, una vez más, hacia la tierra roja y sonríe.

2

A unos diez kilómetros de allí, tres carretas sin toldo avanzan lentamente hacia la llanura. Siluetas mugrientas, blancos, mejicanos, negros, están mezclados, hacinados en

los vehículos, apretados unos contra otros, amontonados, chocando al ritmo de los baches, entre un tintineo de cadenas.

Dos guardias conducen cada carreta, la cara enharinada de rojo. Otro cierra la columna, a horcajadas sobre un caballo patizambo. Un fusil enorme, de dos cañones, oscila atravesado en la silla.

El convoy atraviesa el lecho seco de un río. En su momento este cauce se llena por poco tiempo con un agua espumosa y sucia que arrastra con fuerza toda clase de desechos. Pero ahora, está seco, y las carretas traquetean a causa de los cantos rodados. La carga humana se tambalea aun más, pero no reacciona. Mascullan gruñidos, juramentos apenas articulados. Las moscas acompañan al convoy puesto que muchos, entre los prisioneros, tienen heridas producidas por los golpes, o úlceras causadas por el continuo roce de los grilletes.

Sin embargo, cerca de la cabaña de madera, Pruitt ha terminado de limpiar su revólver y ha llenado los cilindros del tambor, colocando la munición. Si los negocios de Potts marchan bien, Pruitt se beneficiará y piensa comprarse, entonces, un revólver que dispare cartuchos metálicos, más fáciles de cargar, más rápidos, más precisos. Dicen que la casa Colt va a sacar un modelo de tambor giratorio, lo que permitirá utilizar (y volver a usar) casquillos más duros y cargas más potentes. Un buen arma para un capataz de presidiarios.

Pruitt despierta de sus sueños, monta a caballo. Los seis hombres que están a sus órdenes se han levantado con desgana. Han recogido los equipos de debajo de la galería de tablas, han cogido las armas —revólveres, fusiles— y tiras de cuero de cinco centímetros de largas, provistas de un mango corto. El viento de la llanura les agrieta los labios. Pruitt recorre a caballo el espacio que se extiende delante de la cabaña y dispone a sus hombres de manera que cubran todos los ángulos.

Mientras tanto, Potts, después de mirar la hora en un viejo reloj de bolsillo de acero, vuelve al caserón. En silencio, con el puro entre los dientes, mira como trabaja Pruitt.

Cuando llegan las tres carretas, se colocan una al lado de la otra, la parte trasera hacia la barraca. Los guardias bajan la portezuela de los vehículos. El oficial que los manda dirige un perezoso saludo a Potts. Tiene barba de dos días, le falta un botón en la camisa del uniforme ennegrecido de sudor. Se reúne con Pruitt.

Los detenidos bajan despacio, con dificultad, de las carretas, y se alinean delante de la casa. Están agotados, subalimentados, anquilosados. Sus movimientos son penosos. Muchos tienen marcas de golpes, algunos están lisiados o mutilados, otros visiblemente enfermos. Pruitt recorre la fila de hombres, seguido por el oficial y escoge los que aún le parecen capaces de desempeñar un trabajo. Elimina a los lisiados y a los moribundos. A patadas, a latigazos, comprueba la sensibilidad de los detenidos, y su moral. Como uno de ellos mantiene una expresión particularmente de odio y de tensión, Pruitt le clava violentamente el mango del látigo en el estómago.

El prisionero se dobla en dos, con una mueca de dolor, enseña los dientes. Da un alarido bestial. Le arranca el látigo a Pruitt y descarga un golpe terrible en las partes nobles del capataz. Pruitt suelta un gruñido frenético y cae de rodillas. El prisionero corre, vuela recto delante de él. El oficial encargado del mando, molesto, chasquea la lengua y se arrasca la mejilla mal afeitada.

Un guardia que está de pie delante de una de las carretas se apoya el fusil en el hombro con los dos cañones cargados. Se coloca en posición, gira suavemente sobre los talones, de manera que el fusil siga, armoniosamente, la trayectoria del fugitivo. Al final, aprieta uno tras otro los gatillos del arma, y el plomo sale silbando.

A tan corta distancia —unos veinte metros— el resultado es muy bueno. Convulsionado de dolor, Pruitt alza la ca-

beza al oír el disparo y ve con satisfacción cómo la lluvia de plomo azota la espalda del fugitivo. La tela, la carne y la sangre manan a borbotones de las nalgas y los riñones del individuo. Sale despedido, se estrella la mandíbula. Pruitt constata divertido que todavía no renuncia a la huida, intenta reptar, el imbécil. Tiene desde el muslo hasta los riñones en carnes vivas, está descompuesto y la sangre sigue brotando. Dos guardias cogen al herido por los pies, lo arrastran por el suelo, lo tiran a una carreta.

Pruitt se ha levantado. El sentimiento de diversión le abandona. Le duele mucho el vientre. Está harto. El prisionero llamado Greene (Pruitt todavía desconoce su nombre) ha recogido el látigo del polvo y se lo tiende, por el mango, al capataz. El prisionero llamado Greene tiene la cara amoratada de los golpes, pero sus labios son firmes, y su mirada. No se sabe lo que piensa del incidente que acaba de ocurrir. A Pruitt le molesta el aspecto desganado de su contrario. Le arranca con rabia el látigo de las manos. El cuero quema las palmas de Greene. No reacciona. Pruitt continúa su camino contando los pasos. Los muslos ligeramente separados.

3

El jefe del convoy y Pruitt están en la especie de galería. Pruitt clasifica los papeles oficiales gracias a los cuales cierto número de prisioneros van a estar a las órdenes de Potts que los hará trabajar. En ese instante, Potts arenga a la mano de obra.

—Muchachos —dice despacio—, mi nombre es Augustus C. Potts. Con dos «tes». Y no soy ni un carcelero, ni un guardia, ni un jodido funcionario del Estado. ¡No señores, no! Soy el señor Potts, simple ciudadano y cultivador de algodón...

Sonríe ligeramente. Un murmullo se oye entre los condenados negros. Conocen a Potts. La sonrisa del propietario no se prolonga.

—Vosotros, chicos, sois mi nuevo equipo, y os he traído para que me ayudéis a cultivarlo, ¡el algodón!

Mueve la cabeza, escoge las palabras.

—Cualquier imbécil —declara— puede darse cuenta de que estoy mal parado, en este lugar...

Sonríe con franqueza, deja vagar ostensiblemente la mirada sobre la árida llanura. Espera que su público haga lo mismo, pero los hombres permanecen inmóviles y tercos, con los ojos clavados en el suelo.

—Pero —dice Potts— será mejor que me creáis, si os digo que me conozco muy bien el percal de cómo hacer crecer el algodón en esta puta mierda de mundo. ¡Ya lo habéis oído! Y será mejor que me creáis también si os digo que dentro de cuatro meses, veremos un algodón de siete centímetros de alto y blanco como el culo de un albino. ¡Eso es lo que veremos!

—Putá mierda —observa a media voz el oficial.

Bebe, a morro, un alcohol de grano tierno muy áspero de un frasco plano. De mala gana se lo devuelve a Pruitt.

—Ustedes no conocen a Potts —acaba de decir el capataz.

El oficial se encoge de hombros y sonríe con desprecio. Mientras tanto, Potts sigue hablando, aunque los detenidos, es evidente, no lo escuchan y se conforman con esperar, de pie, el momento de descansar.

—¡Muchachos! —repite Potts— lo que espero de vosotros, es que no olvidéis por qué estáis aquí. A vosotros os toca mover el culo y trabajarme la tierra. Si así lo hacéis, os trataré como a seres humanos. Es decir buena comida, tabaco y mucha más jodida libertad de la que estáis acostumbrados desde que a esa mierda de estado se le antojó meteros en el talego.

Silencio entre los detenidos. Ausencia de reacciones. A Potts le importa un huevo. Las palabras se abrirán paso en el cráneo de los prisioneros, eso es lo que quiere Potts que hace un gesto vago y se da la vuelta. Se dirige a la cabaña. Al pasar hace una seña con la cabeza a Pruitt.

—Funciona —dice—, funciona.

4

Anochece. La habitación que Potts llama su despacho está llena de ropa, papeles, víveres, cajitas, bultos y muestras de algodón. Parece la bodega de un barco. Las lámparas de petróleo proyectan una luz amarilla, irregular.

Potts está sentado en un sillón giratorio, detrás de un amplio escritorio repleto de papeles. A pesar de que el sol se ha puesto, no ha dejado de hacer calor, y la piel tostada del propietario está roja y brillante de sudor. Los pelos de la barba despuntan, blancos y duros, como las cerdas de un puerco. Las moscas revolotean, atraídas por las lámparas y los víveres. Potts las aplasta con golpes secos cuando están a su alcance. Está absorto en una revista. En un rincón de la habitación, Pruitt remueve pilas de papeles.

—Bebe como una maldita esponja, ese jefe de convoy —masculla—. Tiene que tener algo que le coma la moral.

—No le gusta la gente —dice Potts suavemente.

—¿Pero qué piensa usted? —dice de repente Pruitt con una admiración envidiosa—. ¿Qué piensa de como ha dejado seco, al tío?

Potts alza la cabeza con una expresión de desacuerdo.

—Matar prisioneros no me impresiona. ¡Sólo significa un trabajador menos!

—Mierda —escupe Pruitt—. El tío, de todos modos, se hubiera escapado pronto. Nos ha ahorrado el trabajo de cargárnoslo.

Potts contempla pensativo los insectos que revolotean.

—Eres un tío duro ¿eh?

—Tiene que haber alguien que haga el trabajo sucio. Usted mismo lo ha dicho.

—Pero eso te gusta, ¿eh? —dice Potts.

Pruitt lo mira y esboza un sonrisa.

—Puede.

Y como Potts no le devuelve la sonrisa, el capataz continúa con un tono desafiante:

—Usted y yo no estamos casados, ¿sabe? Sólo tiene que decir una palabra...

—La única palabra que me interesa —zanja Potts— es aritmética. He tenido que estar diez años dando coba para poder montar esta empresa. Será mejor que no lo olvides nunca.

—Podría haber alquilado más prisioneros —sugiere Pruitt.

—Ya, y también podría haber sido presidente de los Estados Unidos —dice Potts sarcástico—. ¡Pues no lo soy! Y te advierto que cuestan dinero, los prisioneros. Y el dinero, es algo muy caro para mí. Y ahora, lárgate, ¿quieres? La clase ha terminado por hoy.

Pruitt duda, y se va. Potts continúa aplastando insectos bajo las lámparas de petróleo...

Un prisionero entra despacio en el despacho. Está espasado. Se para delante de la mesa de trabajo. Potts sigue aplastando bichos, tiene la revista delante de él.

—¿Tienes algo que decir? —pregunta el propietario.

—Me llamo Greene.

—¿Y qué?

—Potts, ¿le gusta el dinero?

—¡Señor Potts!, ¿qué has dicho?

—¿Le gusta el dinero? —repite con calma Greene.

—¿Conoces a alguien a quien no le guste? —ironiza Potts.

Greene sonrío, pero sus ojos no sonrían.

—Tengo una proposición que hacerle.

Potts abandona a disgusto la revista y mira de arriba a abajo a Greene con irónica dejadez.

—Hijo —contesta el propietario—, ya lo he dicho, sólo soy un ciudadano corriente, que respeta las leyes y que os ha alquilado por razones estrictamente comerciales. Y veamos ¿cómo has llegado hasta aquí?

—Me las he arreglado —dice Greene.

—Arreglado, eh...

—Potts —dice Greene— usted puede hacer algo por mí.

—¿Puedo? ¿Y en qué consiste, ese poder?

Potts separa los labios, le faltan dientes, y los que tiene están sucios.

—El poder de dejar que me largue —declara Greene.

La sonrisa de Potts tiembla, se desencaja, se convierte en una risa convulsiva. El sesentón ulula de risa. Casi se ahoga. Greene permanece inmóvil delante de la mesa. Potts por fin se calla.

—Tú estás mal —constata fríamente el propietario.

—Tengo oro —dice Greene.

—Y yo —exclama Potts— soy el hijo ilegítimo de Abraham Lincoln. Escucha, muchacho...

—¿Usted se acuerda de Flowerdale, del atraco? —interrumpe enérgicamente Greene.

Potts le mira receloso.

—¿Estabas en esa historia? ¿Cómo me has dicho que te llamas?

—Greene.

Potts busca entre los montones de papeles oficiales que se apilan en la mesa y en el suelo. No encuentra lo que busca. Tira los papeles al aire.

—¡Mierda! —suelta—. He dicho a Pruitt que pusiera las fichas en orden, pero...

—He reunido cerca de tres mil dólares —interviene Greene.

—Sí, ¿eh? —dice Potts mientras sigue revolviendo los papelotes.

—Cuando digo cerca de tres mil —insiste Greene— no anda lejos.

Irritado, Potts deja las fichas. Hince un puro entre los dientes amarillos y se inclina hacia Greene, por encima de la mesa.

—Hace falta tener cojones —dice— para contarme eso. ¡Porque estoy seguro de que mientes!

Greene no se inmuta.

—Tengo oro —afirma—. Habría que ser un idiota para intentar engañarle.

—¿Te imaginas que puedes confiar en mí? —cuestiona Potts pensativo.

—Tanto como usted puede confiar en mí —dice Greene.

El propietario y el prisionero se miran. Potts decide utilizar a Greene como ejemplo.

5

Greene está en el potro. La construcción del potro ha sido rápida y eficaz. La cabeza de Greene está pillada con la estructura de madera, sus muñecas también, de modo que los brazos permanecen inmóviles, rígidos, estirados, en una posición que debe de ser dolorosa. El sudor se desliza por los ojos de Greene, los insectos vuelan a su alrededor. Greene está inmóvil. El sol le quema los ojos. Entrecierra los párpados. A su alrededor la plantación está animada.

Justo al lado de Greene, dos prisioneros están colocando otros potros. Así sabrán que hay plazas libres para los que se propongan dárselas de listos.

Los otros detenidos están trabajando, montando tiendas, erigiendo barreras y cobertizos. Los guardias armados azotan la espalda de los que gandulean. La fiebre del tra-

bajo, la productividad se mantienen así a un nivel que da gusto verlo.

6

Es la segunda noche que Greene pasa en la plantación, y sigue colgado por la cabeza y las muñecas al trozo de madera que le irrita la carne. Su cara de labios secos, cubierta de polvo, ha tomado en la penumbra un tono blanquecino. Regueros y grietas causados por el sudor recorren esta máscara. Los cabellos claros de Greene están enredados, apelmazados por la mugre y el sudor en mechones oscuros.

Montado a caballo, Pruitt está cerca del torturado, inclinado hacia él. La avidez y el nerviosismo hacen temblar las comisuras de su delgada boca. Habla, febrilmente, a media voz. Respira hondo.

—¿De verdad? —pregunta—. ¿De veras tienes ese oro?

—Ya te lo he dicho —murmura Greene.

—Potts no te cree.

—¿Has venido a verme para decirme eso? —pregunta Greene.

Pruitt duda. Lanza una mirada a su alrededor, en la penumbra, después espolea suavemente su caballo que se acerca aún más a Greene.

—¿Cuánto has dicho que tenías?

—Tres mil —murmura Greene— y su máscara se agrieta un poco más al sonreír. Dejamos hecho un mar de lágrimas al presidente del banco.

—Esto hay que pensarlo —masculla Pruitt—. De todos modos, para que un tipo decida sacarte de aquí, debería tener sus razones...

—Tres mil razones —dice Greene con desprecio.

Pruitt no contesta y espolea una vez más su caballo. El animal lo transporta despacio en la penumbra. Greene lo